

Durante mucho tiempo hemos estado acostumbrados a vivir bajo el yugo de implacables dilemas, obligados a optar entre propósitos excluyentes: ahorro y consumo, eficiencia y equidad, industrialización y preservación del medio ambiente, estabilidad de precios y elevada ocupación, rentabilidad y seguridad de las inversiones... La historia económica nos enseña que estamos abocados a elegir, a tener que renunciar a algo si aspiramos a alcanzar alguna meta, pero también cómo a veces nos podemos topar con las dos razones negativas del menú. La etapa de la estanflación (estancamiento más inflación) de los años setenta del pasado siglo fue bastante ilustrativa al respecto.

El dominio de los académicos de origen anglosajón ha posicionado en lugar preferente el término *trade-off* para hacer referencia a las relaciones conflictivas entre parejas de objetivos, logrando imponerse al de dilema en algunos textos escritos en español. Más recientemente, también los economistas de habla inglesa están exportando un vocablo con una acepción específica en el terreno económico para el que, a diferencia del caso anterior, no existe de momento cobertura por el Diccionario de la Real Academia Española: los 'trilemas' están de moda en el campo del análisis económico.

Desde esta perspectiva, si tenemos tres objetivos deseables, disponemos de libertad para elegir dos de ellos, pero no el tercero; es decir, no pueden alcanzarse las tres metas al unísono. Si planteamos un sencillo símil geométrico, podemos pensar en el margen de maniobra existente para dibujar un triángulo. Tenemos plena libertad para trazar dos de los lados, pero, una vez que lo hacemos, el tercero queda ya determinado, sin posibilidad alguna de ser acomodado a ninguna preferencia.

Una de las proposiciones bien asentadas por la teoría económica establece que un país no puede tener al mismo tiempo un tipo de cambio fijo, libertad de movimiento de los capitales y una política monetaria independiente. Es quizás el 'trilema' económico más conocido, pero hay otros igualmente con implicaciones sociales de enorme relevancia, como el 'trilema' energético, concerniente a los fines de reducir las emisiones de dióxido de carbono, asegurar el suministro energético y lograr que éste sea asequible para los consumidores.

La democracia, la soberanía nacional y la globalización son ciertamente tres aspectos muy importantes en la vida de los ciudadanos. Especialmente durante la Gran Moderación, en la que algunos se atrevieron a vaticinar el fin de los ciclos económicos, daba la sensación de que esos tres elementos no sólo no colisionaban entre sí, sino que podían tender a reforzarse mutuamente. La Gran Recesión ha venido a demostrar que esa posible creencia era una mera ensoñación.

Dani Rodrik, catedrático de la Universidad de Harvard, no ha dudado en calificar la situación como el «trilema político fundamental de la economía mundial»: «No podemos perseguir simultáneamente democracia, autodeterminación nacional y globaliza-

ción económica». Como explica en su libro 'La paradoja de la globalización', podría combinarse la democracia y la globalización si los ciudadanos están dispuestos a renunciar al Estado-nación. Aceptar la globalización implica que algunas reglas deben ser fijadas internacionalmente.

Nos situamos así ante una complicada tesitura: I) si se quiere impulsar más la globalización, hemos de renunciar en parte al Estado-nación o a la política democrática; II) si se desea conservar y profundizar la democracia, tenemos que elegir entre la soberanía nacional y la integración económica internacional; III) si queremos mantener el Estado-nación y su autodeterminación, tenemos que elegir entre profundizar la democracia o la globalización. Rodrik es contundente: «Nuestros problemas tienen sus raíces en nuestra renuencia a enfrentarnos a estas opciones ineluctables».

Para añadir más complejidad, nos encontramos no sólo con dificultades para articular esquemas de gobernanza global capaces de abordar de manera eficaz problemas supranacionales y de garantizar una distribución equilibrada de las ganancias de la globalización económica, sino con movimientos de desintegración de los estados soberanos. ¿Hacia dónde llevaría esta tendencia si nos atenemos a la tercera disyuntiva apuntada por Rodrik?

Algunos analistas ven en una serie de episodios recientes (aplicación de sanciones contra Rusia, repliegue nacional de los flujos financieros, fracaso de las conversaciones sobre el comercio internacional, creación por los países integrantes del grupo BRICS -Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica- de sus propias instituciones financieras...) indicios claros del comienzo de una era de retroceso de la globalización.

Hay, sin embargo, otras fuerzas, amparadas en los cesantes desarrollos tecnológicos, que actúan en sentido contrario. En cualquier caso, para tratar de que no se repitan las deficiencias observadas en el proceso de globalización de los últimos años, se haría preciso definir un nuevo orden sobre la base de principios como los propuestos por Rodrik, quien aboga por regular las interacciones de los países mediante «una fina capa de reglas sencillas, transparentes y de sentido común».

A tenor de los efectos negativos que la globalización ha provocado para algunos territorios y sectores, la adopción de medidas proteccionistas podría parecer una terapia deseable. A corto plazo pueden lograrse algunos resultados, pero, a medio plazo, es bastante probable que se evidencien los inconvenientes. Los cambios de rumbo pendulares pueden convertirse en un elemento normal de la política económica, con la consiguiente generación de inestabilidad.

La extensión del concepto de 'trilema' no resuelve los problemas que hoy preocupan a la sociedad, pero puede ser de ayuda para acotar el campo de las elecciones y tomar conciencia del sacrificio que conlleva elegir dos de los tres objetivos deseados, que no pueden conformar un triángulo, ni siquiera escaleno.

